LIBRO dot.com

SELECCIÓN DE TEXTOS DE RICARDO GÜIRALDES

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Guitarra

Compañera de ayer y de mañana.
Extraña estructura sonora que llevas la boca en medio del cuerpo, para mejor concentrar en ella tu entraña.
Cara muda y supersensible que necesitas la caricia para derramarte en canto.
El burdo bisoño nada consigue con apretarte entre sus brazos. Hay que haber aprendido en las prostitutas a quienes luego se rechaza.
Hace mucho ya que te conocí y te compré, como a una mujer, para llevarte a casa a sufrir mis pasiones y mis indiferencias.
Eres perezosa cuando por tu nuca resbalo mis dedos bordoneando la pesada queja de un estilo.
Eres criolla.
Y cuando en la pampa confronto tu ínfima congoja con la noche, te vuelves infinita al volcar tus gotas de alma en la inutilidad.
La luz de los astros, que tu voz llama, crepita en armónicas chispas de oro y plata sobre tu encordado.
Compañera de ayer y de mañana, que me sigues por lejanas tierras de otro idioma.
Tu canto es más privado en el destierro. Tus acordes balbucean cosas gauchas que son nuestro secreto incomprendido.

****

Mi caballo

Es un flete criollo, violento y amontonado, vive para el llano.
Sus vasos son ebrios de verde y la tarde, en crepúsculo orificado, se enamoró de sus ojos.
Comió pampa, en gramilla y trébol, y su hocico resopla vastos galopes, en sed de horizonte.
La línea, la eterna línea, allá, en que se acuesta el cielo.
Contra el amanecer, cuando la noche olvida sus estrellas, golpeose el pecho de oro, y en la tarde, enancó chapas de luz.

Iluso, la tierra rodó al empuje de sus cascos; fue rimador del mundo.
¿Realidad? ¡Qué importa si vivió de inalcanzable!...

«La Porteña», 1914.

****

Al hombre que pasó

Símbolo pampeano y hombre verdadero.

Generoso guerrero,
amor, coraje,
¡Salvaje!

Gaucho, por decir mejor.
Ropaje suelto de viento,
protagonista de un cuento
vencedor.

Corazón
de afirmación.
Voluntad
de lealtad.
Cuerpo «morrudo» de hombría,
peregrina correría
que va tranqueando los llanos,
con la vida entre las manos
potentes de valentía.
Vagabunda rebeldía.
Carne de orgullo y destreza,
alma que tiene corteza,
pues no hay viento
ni lamento,
que penetre en su rudeza,
ni doble, de su cabeza,
la arremangada fiereza.

En su melena asoleada,
que va de luz revolcada,
a la oración,
flotando está una intención.

Quiso libertad; la tuvo
y en su batallar, no hubo

quien le impusiera derrota.
Su sangre, gota por gota
demostró que era ilusoria,
para otros la victoria,
y escribió roja su historia.
Pero hoy el gaucho, vencido,
galopando hacia el olvido,
se perdió.
Su triste ánima en pena
se fue, una noche serena,
y en la cruz del Sur, clavado,
como despojo sagrado,
lo he yo.

«La Porteña», 1915.

****

Mi hospitalidad

Sé hospitalario.
Cuando el forastero harto de camino ponga en tu población su mirada como un cuerpo sobre los pellones del recado tendido en el campo, espéralo más allá del umbral de tu casa chata y fresca y ofrécele tu mano como un pregusto de abrigo.
Porque eres señor de tu casa, trátalo cual si fuera amo.
No preguntes quién es.
Tal vez en sus brazos pese un mal hecho, más difícil de llevar por la vida que las arrastradas nazarenas por la barrida tierra de tu patio en que van hincando su corona de espinas.
Tal vez un orgullo demasiado grande ensanche su frente bajo el chambergo cuya ala pretenciosa viene despreciando el aire que crea a su paso.
Siéntalo junto al fogón, corazón de fuego de tu morada tranquila, y dale un banco fuerte en qué asentar su fatiga.
Arrima unas brasas a sus pies para que sequen el barro de sus botas y el calor suba hasta sus labios en confianzas de confidencia.
Déjalo hablar y asiente con tu cortesía sus palabras.
Y cuando el sueño nuble de vacío sus ojos, entonces dale tu lecho y vigila su reposo tendido sobre tus pellones.
Cuando se vaya llevará consigo el regalo de tu hermandad que mejora al hombre.

****

Nostalgia

París, 1920

Tengo necesidad de vida fuerte
como de un golpe.
Tengo ansias de sol y de llanura.
Mi aburrimiento pide el brutal contacto
de un latigazo solar.

No puedo ya arrastrar mis nervios
contra la dura faz del caserío,
que la ciudad repite por costumbre
con secular fastidio.

Quiero sudar como la bestia fuerte
la dura consecuencia del cansancio
Ver el canino que hacia atrás empuja
el andar compasado de una fuga...

Y caer sobre el mundo que se duerme
harto de luz y desvestido de alma.

****

Playa

Tiene tres cuadras por cuatro.
Está frente al corral de palo a pique.
Sirve de arranque al callejón que va al pueblo, como la laguna al río.
Es un parche de tierra pelada del que salen y llegan las huellas.
La han alambrado hace poco y su hermandad con el rodeo la engalana de glorias salvajes.
Sirve para las domas.
En cada metro, un recuerdo de hazaña o desgracia la convierte en libro de innumerables relatos.
Aquí se quebró la islilla Ochoa, cayendo enredado en la corcoviada a vueltas de un reservado pampa.
Junto a los principales del corral, fue el famoso tirón de Taboada que costó la vida a una yegua echada campo afuera.
Allá se llevó la tranquera por delante el ruano, desollándose el pecho. Mérito de Pablo Ojeda fue el caer parado.
Hacia el medio (más valdría no acordarse) murió Fabio Gaute, ¿cómo pudo ser tan pronto? El sacudón inesperado de un redomón y el hombre se quebraba en el aire como una martineta contra un alambrado. Mis brazos recuerdan el peso blando de sus coyunturas inertes. Fabio tenía azulados los ojos por un extraño velo, en que resaltaban pequeñas arterias hinchadas y rojas como las capaduras recientes. La lengua, mordida se mantenía apenas por el apretón de los dientes. Un temblor imperceptible vivía en sus piernas.
Lo colocamos sobre una matra tendida para llevarlo a las casas.

Cisneros dijo la única palabra en nuestro silencio.
-«Se ha quebrao de la nuca.»
Nos encogimos de hombros.
Era así.
De vez en cuando el gaucho paga un tributo a su dominio sobre la bestia.
Mala suerte la de aquél a quien toca ser moneda de este pago.

****

Recuerdos

¡Qué blancos eran los muros de las casas, qué heroicos los hombres!
El campo entraba hasta dos aposentos y algo grande se acostaba en todas las sombras. Cualquier brisa tenía leguas de pampa y los sonidos llegaban sin rotura del llano, puro como un cielo.
La tarde agrandaba los troncos del monte y el medio día nos volvía
centro de nuestra sombra, caída como un sudor.
Los árboles estaban más solos ante el firmamento.
Y el sol estaba más presente en nuestras carnes y nuestros sudores.
El toro, con sus guampas, rompía viento como los mástiles.
Y todo era más abierto:
El pampero silbaba millones de silbidos tajeándose en los pajonales, que se clareaban a listones como si la tierra acosada de felino enojo alisara el pelo del lomo.
Y los ñanduces no hallaban límite a su andar medidor de desiertos.
La madrugada asistía a todos los despertares en los cuartos y la tarde a todos los retiros en la defensa del rezo.
Concluida la jornada, la silla del patrón, manchada en la sombra de los paraísos, tenía brazos de trono. Mientras el relato del capataz, resumía los trabajos del día.
Y ya cuando el hombre callaba ante la noche, la luna, se perdía en las huellas que dudan.

«La Porteña»Febrero de 1922.